

YOLANDA DELGADO BATISTA

La isla de las palabras desordenadas

Prólogo de Juan Cruz



izanaeditores

La isla de las palabras desordenadas

YOLANDA DELGADO BATISTA

izanaeditores

© YOLANDA DELGADO BATISTA, 2011
© Del prólogo, JUAN CRUZ RUIZ
© Diseño de portada, YENNY DELGADO
© Fotografía de solapa, JORGE AGUIRRE DELGADO
© AMBAMAR DEVELOPMENT, S.L. 2011

www.izanaeditores.com

E-mail: izanaeditores@izanaeditores.com

Avenida de Machupichu, 17-3

28043 MADRID

T: 913880040

ISBN: 978-84-939646-1-0

A mis padres

Índice

Una palabra de agradecimiento

Yolanda en la carretera

MAÑANA ESCRIBIRÁ ESAS CARTAS QUE HA
PROMETIDO.

LOS DE POR AQUÍ DICEN QUE EL FRÍO DE LA CUMBRE
CURA

SERÁ COMO ARRANCARSE LA PIEL. EMPEZARÁ DE UNA
VEZ

EN EL FONDO POCAS COSAS PUEDEN CAMBIARSE.

LLEGÓ POR FIN, EL NIÑO SIRENA QUE CRECÍA DENTRO
DE

EN EL AIRE, VOCES LLEGADAS DE OTROS LUGARES
ENTRAN

TODA LA NOCHE FUMANDO. NO PUEDE OLVIDAR QUÉ
DÍA

SE HA LEVANTADO TARDE. EL SOL MARCA YA EL
MEDIODÍA.

CUÁNTAS NOCHES DE PESADILLAS. ACECHANDO EL
BAILE DE

LA SAVIA ASCIENDE POR SUS VENAS CON LENTITUD

DONDE HAY CENIZAS, ANTES ARDIÓ UN FUEGO QUE SE
LA SAL DEL TIEMPO SECA LAS HERIDAS.

DIOS ERA UN MIRÓN. UN CÍCLOPE CON UN OJO QUE
BRILLABA

FRÍO, FRÍO. TE CONGELAS. TEMPLADO. TE ESTÁS
QUEMANDO.

UN MOTOR EN MARCHA CONDENADO A VIVIR
RODANDO.

EL BARRIO DE SU INFANCIA TIENE UNA CANCIÓN. SU
HISTORIA
CONSULTORIO
SU CABEZA LLENA DE NIEBLA.
LOS SÁBADOS POR LA MAÑANA LA PLAZA DEL
MERCADO
AQUEL DÍA EN BOLONIA DEJÓ UNA POSTAL
PODRÁ QUEMARSE UNA Y OTRA VEZ EL MISMO
BOSQUE, PERO
A LOS TRES AÑOS APRENDIÓ A LEER.
LIBROS, PALABRAS EN LAS VENAS.
TOCA ESCRIBIR EN EL MARGEN DE ESTE CAPÍTULO
ACEPTA SUS CONTRADICCIONES NEURÓTICAS.
UNA ENORME LENGUA DE LECHE LAME EL PEZÓN DE
ROCA.
CREYÓ TENER MIL COSAS QUE DECIRLE.
LLANURA ABISAL:
TRANSCRIPCIÓN PARCIAL DE LA SENTENCIA
UNA MANCHA OSCURA,
EL PRIMER BESO EN EL PAJERITO, A LA CAÍDA DEL SOL.
MAXORATA
OLVIDAR ESCRIBIENDO.
AMOR.
INSOMNIO.
ISLA.
HIJO.
MELANCOLÍA.
MEMORIA.
OLVIDAR.
TÚ.
VIDA.
UN CORTOCIRCUITO INTERNO.
ELLA HACE BUENAS FOTOGRAFÍAS,
Fotografía 1.
Fotografía 2.
Fotografía 3.

Fotografía 4.

TENÍA DOS NIÑOS SIRENA Y EL MAR SE LOS DEVOLVIÓ
SE QUEMA EN SU SILENCIO.
LLEGÓ LA HORA. SIEMPRE TUYA.

Una palabra de agradecimiento

Quiero dar las gracias y declarar mi amor a todas las personas que me apoyaron en esta travesía, que sufrieron conmigo las inclemencias del tiempo, el naufragio de mis dudas y los vaivenes de humor. Sin ellas, esta novela no hubiera llegado a puerto. En primer lugar está Javier Gil, mi editor. Sin su apoyo y paciencia, este libro se hubiera quedado hundido en el cajón. A Yenny Delgado que le robó horas al sueño para diseñar la portada.

De una manera muy especial a Juan Cruz, la primera persona que vio en mí a la escritora que quiero ser. A Julio Llamazares por su ánimo en momentos difíciles. A Antonio Moya por sus críticas siempre constructivas. A Carlos Álvarez Vara por su confianza. A Paula Monmaneu por la brisa. A Luis Barga por sus consejos. Ya muchas personas más que quiero nombrar, y a otras que haya olvidado por desmemoria, que no por omisión. Mercedes Posada, Juan txu Herguera, Giselle Etcheverry, Marta Donada, Isabel Guerrero, Sole Cobos, Ignacio Fernández, Merche Yoyoba, Julia Sieiro, Agustina Álvarez, Julián Díaz, Carlos Baztán, Koné Mamadou, Carmen Ros, Valeska Groeneweg y Cecilia di Marco.

Y por supuesto, todo mi amor y gratitud a mi familia.
Ellos saben por qué.

*Ningún hombre es una isla, algo completo en sí mismo;
todo hombre es un fragmento del continente,
una parte de un conjunto.*

JOHN DONNE

Devotions Upon Emergent Occasions

*Se me ha prohibido aparecer en parte alguna.
Pero toco las capas de pintura de la pared
y junto a la chimenea me caliento.*

Qué maravilla.

*A través del moho, el aire enrarecido
y el hedor brillan dos verdes esmeraldas.*

Maúlla el gato.

Vámos a casa.

Pero dónde están mi casa y mi razón.

ANNA AJMÁTOVA El sótano de la memoria

Yolanda en la carretera

La primera vez que vi reír a Yolanda fue bajando por una carretera endiablada, junto al poeta Ángel González; el poeta le avisó: “Soy el poeta más viejo de España, y quiero seguir siéndolo”. Entonces Yolanda lanzó una carcajada y siguió manejando el primer coche que conducía en su vida. Yo tenía frío y ella me dio un abrigo que luego se quedó para siempre en mi casa, junto al mar, adonde viajábamos con el poeta de *Áspero mundo*.

Luego he visto reír muchas veces a Yolanda, e incluso en este libro se ríe Yolanda Delgado contando una historia de dramas, de separaciones, de rencores y de celos, pero aquella risa también late.

Este no es, me parece, tan solo un libro dramático, aún siéndolo, pues lo que cuenta es un desgarramiento del alma, a partir de palabras que se desordenan solas, pues el amor (y sus opuestos) está hecho de palabras, de palabras bien dichas y de palabras mal dichas.

En este caso concreto, esta novela en la que, a lo lejos, se escucha también la carcajada de Yolanda, parte de las palabras mal dichas; Pablo Neruda, el poeta chileno que era mucho más viejo que Ángel González, y que siempre lo fue, escribió un día, refiriéndose a las cosas rotas: “Las cosas que nadie rompe, pero se rompieron”. Pues aquí, en su libro, Yolanda Delgado habla precisamente de las cosas que, estando aún latentes, o casi vivas, resulta que se rompen, y dejan atrás un rastro de ceniza negra como el

rencor o roja como el odio que ya nadie puede hacer simiente de nada otra vez.

Hace muchos años escuché una canción (la cantaba Mercedes Sosa) que Yolanda atrae a uno de los momentos culminantes de su libro: "La vida es eterna en cinco minutos". Los que hemos vivido situaciones como la que ella describe, y somos muchísimos, pues todos estamos hechos, como decía el propio Neruda, para amar y despedirnos, hemos tenido presente esa melodía en periodos distintos de nuestras vidas: "La vida es eterna en cinco minutos".

Para que una historia de décadas, o de años, para que una historia se interrumpa o se rompa bastan cinco minutos, y a veces tan solo esos sesenta segundos que te lleven al cielo o al infierno que evocaba Rudyard Kipling en su poema-hipótesis *If*.

Pues esos cinco minutos que la protagonista Lola de la novela de Yolanda Delgado sitúa en el centro de su historia (cuando ésta gira hacia un lado o hacia otro) es el gozne del amor y del odio, el ying y el yang de una esperanza rota o reconstruida, y ya definitivamente rota cuando en el lenguaje del amor (del desamor) sólo queda el rescoldo del recuerdo (del buen recuerdo) como una patina de jabón sumamente resbaladizo.

La novela rescata palabras y paisajes, y sitúa a la escritora ante una experiencia poética de suma madurez: su voz ante la tierra; isleña como la propia autora, Lola evoca la niñez como la presencia movediza de la patria, pero luego la patria (la tierra) se parece a una isla, un territorio que, como la mítica San Borondón, está y no está al mismo tiempo. "Extranjera siempre; en cualquier patria". Porque al fin y al cabo, en el camino de la vida, extranjeros o intranjeros (es decir, del sitio en el que estamos), lo que hacemos es un viaje hacia el interior de nosotros mismos, y en

ese viaje, como en *La carretera* de Cormack McCarthy, uno vive hacia adentro, conduciendo el automóvil viejo que una vez le vimos al abuelo ya definitivamente ausente.

Yolanda Delgado va, firme, al volante de un automóvil antiguo en el que desplaza a un poeta que la hace reír. Es curioso, el libro cuenta un drama, pero en toda su lectura no he podido olvidar en ningún momento aquella risa de Yolanda en la carretera, mientras Ángel González le decía que cuidara del abuelo que llevaba al lado.

JUAN CRUZ RUIZ

MAÑANA ESCRIBIRÁ ESAS CARTAS QUE HA PROMETIDO.

Quizás mañana tenga el coraje de enfrentarse a los monstruos que viven en su cabeza. Mañana seguramente reabrirá esa herida que conoce de sobra, esa que cicatrizó en falso. Aquel mes de marzo todavía tiene las garras afiladas como hojas de afeitar. Basta ya de tanto daño. Quizás esas cartas espanten los recuerdos tristes. Muy lejos, uno tras otro, al país del olvido. Pero será mañana, esta noche es incapaz de escribir una sola palabra. El dolor no se puede ahuyentar de un manotazo como uno espanta las moscas. Bastaría un solo movimiento para hacer saltar todas las alarmas.

Podría contarle desde el principio cómo acabó todo.

Podría contarle que sucedió de otra forma, pero ella será la que escriba esa historia. Pero por si acaso ya adelanta que no hay final feliz. Ahora no se atreve a contar que una vez tuvo una familia, que una vez reinó en un territorio diminuto. Una casa. Pero que un día la boca se le llenó de tierra y desde entonces el mundo fue distinto. Isla.

Escribirá que una vez se odió. Herirse a sí misma.

Ninguna novedad. En ese tiempo se dejó morir y ahora continúa está muerta. *Eso sí que fue una noticia.* Mira por la ventana. Ella es una de esas ramas secas, bailando al son del viento.

“¿Me escribirás?” Ella contestó que sí. Hizo una promesa. Pero las promesas se rompen, por eso existen; no valen nada. Ella no sabe decir no. Es de las que cumple.

Así son las cosas. Y mañana quizás escriba esas cartas que él le ha pedido.

Desnuda entre sus brazos. Se agotan los minutos. No debería verla llorar. Tonta, tonta. El tiempo es una bestia salvaje que se escabulle por debajo de la puerta. Última estación. Fin de trayecto. Se acabó. Él no regresará. No apostaría ni un céntimo a su favor. Tampoco intentó que cambiara de opinión. Cada uno es mayorcito para elegir lo que quiere, y él hace tiempo que decidió marcharse. A estas alturas, ya no está dispuesta a suplicar nada a nadie. *Él sabrá. Cobarde.* Él habla de no sé qué oportunidad para ... La oportunidad estaba en nosotros, piensa para sí misma. Él cree que ya tiene una edad para andarse con cuidado y no meter la pata. *Tanto si se va como si se queda, ha sido muy torpe. Ha metido la pata hasta el fondo.* En su interior lo manda a paseo. *Adiós. Cuando te largues, cierra la puerta sin hacer ruido.* Aquí no habrá pasado nada. *Mentirosa.* De sobra sabe que cuando se meta en la cama, rebobinará el plano secuencia un millón de veces. Flashback, forward, flashback, back, back. *El tiempo es un ladrón de guante blanco. Lloro, cágate en todo. No hay final feliz. Sólo oscuridad.* Esa mañana no se levantará. Flashback. ¿Me escribirás? ¿Me escribirás? Yal día siguiente, yal otro, yal otro, seguirá en la cama. Los finales nunca son felices, o da la maldita causalidad que esos nunca le tocan.

Quedarán algunos besos, algunas promesas con las que engañarse el uno al otro. *Ya sabes, eso de "algún día ... "* El señuelo. Autoengaño. Mejor huir por la trarpilla. "Te quiero", dijo muchas veces. ¿Cuántas veces puede uno repetir esta frase? *Pues Infinitas, idiota. El amor no es eterno, solo la muerte.* Pero mientras espera a que eso suceda, las flores se han deshecho. Los pétalos se han ido po-

sando alrededor del jarrón como barquillas sedosas. El amor no ha tenido tiempo de deshacer las maletas. *Un viaje demasiado corto para tantas alforjas. ¿No te parece? Siento informarte que el futuro compró antes de ayer billete de ida, pero no de regreso.* Él lo tiene guardado en el bolsillo de su cazadora. *Es lo que hay. La vida es más rápida que la nostalgia. Nunca viaja al ritmo de nuestros sueños.*

Te escribiré. Ella lo prometió. Escribirá con una navaja de las que usaba su abuelo. Traicionera en su silencio. Así nunca cicatrizarán las heridas. Y ella quiere olvidar. Pero no, hablar viene bien. *Hablar, escribir o gritar, el caso es liberar algún sonido, después de tantos años con los labios cosidos.*

Ella es Lola. *Debes recordarlo siempre.* Ahora pide a gritos hablar de ese vado que tiene dentro, pero será mañana cuando baje al pozo y se siente a temblar con la luna, buscando su reflejo en el agua. Será mañana cuando escale la cima y aülle a las estrellas. *Si te duele, grita. Oirás el murmullo de la isla.* Sólo la noche conoce por ahora su rabia. Sólo la rabia le ha hecho perder el rumbo. Mañana pondrá en orden esos sonidos viejos, letanía de viejas murmurando.

Él se marchará y será entonces cuando ella pida a la memoria que recupere los nombres de las cosas que dejaron de ser. Hará un montón con los recuerdos, los atará alrededor de una piedra y quizás los tire al mar. *Donde vives no hay salida al mar.* Pues al cubo de la basura o al váter. El caso es deshacerse de ellos para siempre. La distancia pone distancia a las cosas, luego viene el conformarse y más tarde el olvido.

Hay una parte de la vida que heló durante un invierno que llegó sin avisar, y de la que también tendrá que decir algo. Qué frío hizo entonces. Dentro y fuera. El frío se